

Calvo Serraller:

«Zóbel, el hombre universal»



Al repasar las múltiples facetas y vicisitudes curiosas que siempre rodearon a Fernando Zóbel, se comprende la dimensión legendaria con que ha sido tratada su fecunda biografía. Nacido en Manila y fallecido en Roma, con residencia habitual en España, pero habiendo repartido su existencia en largas estancias por tres continentes tan distintos como Asia, Europa y América, este artista español es quizá el más raro y excepcional caso de espíritu cosmopolita que se ha dado en nuestro país durante los últimos cuarenta años.

Por condición, formación, destino y vocación, Zóbel debe ser considerado un hombre universal, un ciudadano del mundo, un espíritu abierto, incansablemente despierto e inquisitivo. Todo cuanto hizo y vivió está marcado por su decisión de ser pintor. Fue la suya una vocación madurada tardíamente, pues, según confesión propia, adquirió su primera caja de pinturas al llegar a Nueva York en 1945, camino de Harvard, y debió de compatibilizar esta inclinación con sus estudios universitarios, lo que explica que su participación en una exposición colectiva no tenga lugar hasta 1951, cuando cuenta veintisiete años. Más aún: durante toda la década de los cincuenta se mantiene todavía en una senda exploratoria, de búsquedas y de dudas,

lejos de lo que será su lenguaje pictórico más característico, que cuajará en la década posterior.

Crisis personal

Zóbel experimenta en 1955 una crisis personal como pintor, que a la larga resultará decisiva. Esta crisis, provocada por la contemplación de una exposición del entonces casi desconocido Rothko, y por su descubrimiento de la fotografía, acontecimientos, ambos, que cuestionan su estilo figurativo, más una prolongada estancia en Madrid en un momento en el que empezaba a despuntar una generación decisiva de jóvenes artistas informalistas, resolvieron positivamente el uni-

verso de Zóbel, que se encaminará en lo sucesivo por una nueva y más vigorosa senda.

Ambas partes se prestarán una ayuda preciosa, sin cuyo concurso —hoy lo vemos con claridad— la historia del arte abstracto español habría sido muy distinta. En este sentido, se suele hablar del Zóbel recién llegado a nuestro país y, en seguida, entusiasta coleccionista de los mejores informalistas, así como de la posterior creación del celeberrimo Museo de Arte Abstracto de Cuenca, mas, a mi modo de ver, no se destaca lo suficiente lo que significó esta benéfica iniciativa promocional como esquema normativo de contemplación, como el instrumento crítico de visión que enseñó a mirar un nuevo tipo de arte. Lo que Zóbel aportó al arte español fue,

